

INSUMISOS

Tzvetan Todorov

Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016

218 páginas

No desfallecer en la búsqueda de la verdad fue probablemente la mayor virtud del historiador, filósofo y crítico literario Tzvetan Todorov. Este último ensayo, cuya traducción está a cargo de Noemí Sobregués, en una cuidada edición de Galaxia Gutenberg, da razón de ello, pero los caminos hacia la verdad son retorcidos y serpentean adaptándose a los distintos entornos.

Cada vez abundan menos las personas que han tenido que enfrentarse a un régimen totalitario y que pueden reflexionar desde nuevos horizontes más democráticos. En su país natal, Bulgaria, en la órbita soviética desde 1944, y contando apenas dieciocho años, se enteró de la difusión del “informe secreto” de Jruschov, un documento que denunciaba la verdad del estalinismo tres años después de la muerte del dictador. Si este informe supuso para Todorov una toma de conciencia de los crímenes del estalinismo, la entrada de los tanques en Hungría para sofocar las revueltas que habían estallado en octubre del mismo año provocó que el autor se convenciese definitivamente de los males del totalitarismo. Supo extraer de aquella experiencia la convicción de que instrumentalizar los valores morales con fines políticos inevitablemente desemboca en la confusión entre moral y política y en la consecuente erosión de la primera. Con su llegada a Francia creyó, en una primera instancia, que esta confusión había desaparecido, pero con el tiempo comprendió que la realidad política del país era mucho más escurridiza de como se la había representado. Para el autor búlgaro, desde la caída del muro de Berlín las democracias liberales como la francesa han perdido progresivamente su identidad –anteriormente fijada por contraposición al mundo soviético–, y con ello la moral ha pasado a un plano privado: la política ya no se guía por ningún ideal, aunque la moral continúa siendo

un elemento fundamental en las relaciones entre individuos. Y así Todorov observa con perspicacia que, durante el siglo XX, “en el mundo de los valores hemos pasado del espejismo comunista al desierto capitalista” (pág.21). Queriendo huir de este tipo de proyectos abstractos de organización social, que pueden vaciarse de su contenido moral, Todorov quiere poner el foco sobre ocho vidas concretas que muestran cómo la senda principal por la que la moral se inculca en la política es a través de la virtud del individuo.

Esta obra puede leerse como una prueba de que en contextos tan diferentes como lo son un campo de concentración, un sistema totalitario y una democracia liberal siempre acechan peligros que ponen a prueba nuestra capacidad de reacción. Si bien los conflictos son inevitables en toda sociedad, las formas de expresión de la insumisión son cualitativamente distintas en cada escenario, como veremos más tarde. Todas las variadas actitudes recogidas en el texto tienen como raíz común la insumisión, esto es, la reivindicación perseverante e íntima de lo que consideran verdadero y justo. «Se trata aquí no de una política dominada por la moral, ni de una moral sometida a objetivos políticos, sino de actos morales individuales que se convierten en elementos de la vida política» (pág. 30).

Los ejemplos que en este libro se exponen se organizan en tres bloques correspondientes a tres escenarios de conflicto. En primer lugar, la situación de guerra y genocidio nazi; por otro lado, la opresión comunista en la URSS; y finalmente, la desigualdad formal o tácita entre dos secciones de una misma población. Estos bloques, no obstante, no son compartimentos estancos, sino que describen una progresión, no tanto por las situaciones que se plasman cuanto por las conductas de los protagonistas en cada una.

Así, en el primero encontramos a dos insumisas que canalizan su actitud en el cuidado de los demás: Etty Hillesum y Germaine Tillion. Hillesum pasó por dos etapas: el recogimiento y la renuncia a toda acción política concreta, y

posteriormente la dedicación en cuerpo y alma a la atención de sus compañeras en el campo de concentración de Westerborck. En contrapunto al posicionamiento más bien místico de Etty Hillesum, Germaine Tillion no puede sino actuar conforme a sus raíces francesas guiando a sus compañeras en la comprensión de la coyuntura en que se encontraban, a fin de paliar así sus sufrimientos. A pesar de la distancia entre sus conductas, ambas padecieron una misma situación que las forzaba a restringir su acción al cuidado de los demás. Sin embargo, cuando más adelante, durante la guerra de Argelia, Tillion tuvo la oportunidad de desarrollar acciones de mayor alcance no dudó en hacerlo denunciando la lógica de los *enemigos complementarios*, que no fue otra cosa que una actualización contemporánea de la ley del talión. Germaine, tras su liberación, reflexionó sobre la naturaleza de la barbarie nazi y cayó en la conclusión, en paralelo a Hannah Arendt, de que nadie puede escapar del mal: se dio cuenta de que las vigilantes que la custodiaban en Ravensbrück eran gente corriente, así como que el nazismo había germinado en uno de los países más culturalmente florecientes de la época. Esta idea le llevó a humanizar aún más a los enemigos y hacer hincapié en la necesidad de una conciencia crítica que pautе nuestras acciones.

El cambio de matriz política supone una amplitud en las posibilidades de respuesta y ello se ve reflejado en el siguiente bloque, en el que los actores muestran una actitud cuyo alcance político es considerablemente mayor. Aquí encontraremos dos figuras que tuvieron que enfrentarse al escenario de represión política que se dio durante el estalinismo; ambas actúan desde la perspectiva del intelectual y como tales buscan revelar la verdad oculta por los mecanismos sociales y políticos de manipulación. «La violencia solo puede esconderse detrás de la mentira, y la mentira olo encuentra apoyo en la violencia. (...) La literatura no puede luchar directamente contra la violencia, pero, al destruir la mentira, puede hacer que se tambalee» (pág. 120). Esta empresa implica la renuncia a

una vida cómoda y pacífica a la que se han visto abocados todos los insumisos. El caso de Boris Pasternak es un ejemplo claro de la naturaleza irreconciliable de estos dos imperativos –la insumisión y el deseo de vivir confortable y sosegadamente, razón por la cual mantendrá siempre una postura prudente, desde la que rehuirá el enfrentamiento directo con el régimen. En este sentido se distingue del resto de insumisos en tanto que su objetivo no es la denuncia de lo que sucedía en su país, sino más bien conseguir un equilibrio entre estos dos polos opuestos que le impedían sentirse satisfecho consigo mismo. Sin embargo, su insumisión no se distancia especialmente del resto de figuras de este ensayo, pues perseguía, como todos, un profundo perfeccionamiento moral. Este segundo bloque culmina con el caso de Alexandr Solzhenitsyn, al que Todorov dedica cierta atención pues presenta una actitud mucho más radical que la propia de Pasternak: a este escritor no le importó arriesgar su vida para romper las cadenas que paralizaban su país.

La figura de Nelson Mandela podría verse como el culmen de la progresión anteriormente señalada pues sus virtudes morales penetraron y guiaron el conjunto de su acción política, la cual gozó de gran alcance y efectividad. En un contexto de desigualdad entre dos partes de una misma población, Mandela encabezó un movimiento que permitió a Sudáfrica salvarse de una guerra civil inminente escapando de la lógica de los enemigos complementarios. Su virtud moral –la apelación constante a la parte buena de toda persona con independencia de su raza o sexo– se convirtió en un ideal político que asfaltó el camino hacia la comprensión y la paz. «Virtud moral y habilidad política son inseparables en Mandela. Convierte lo que solo podía ser una cualidad secreta y singular (...) en un principio de acción pública» (pág. 158).

Si estos insumisos pudieran parecer lejanos en la actualidad, Todorov propone dos casos contemporáneos. El primero, Shulman, si bien coetáneo, desarrolla su lucha política en un contexto más extraño al nuestro (conflicto Israel-

Palestina), mientras que Snowden se enfrenta a una realidad por nosotros compartida. Este último caso no puede sino suscitar grandes preguntas como ¿qué se puede esperar de un insumiso en nuestras democracias liberales, tal como la de EEUU? Snowden es el ejemplo más cercano hoy en día. Su acto de insumisión se sitúa en la misma línea de la de Solzhenitsyn: «su preocupación por la justicia es más importante que el deseo de vivir cómodamente y en paz» (pág. 200). Aunque no es comparable la represión de un totalitarismo como el que sufrió Solzhenitsyn con la situación de las democracias actuales, en la esfera política que habitamos también hay elementos que nos impiden el desarrollo de una visión global que trascienda la perspectiva de mero engranaje como en este caso las nuevas tecnologías. En estas dinámicas, se genera una falsa conciencia que es inmune a su propia falsedad.

La elección de todas estas biografías por parte de Todorov no es casual, sino que responde a la detección de unos rasgos comunes que, diseminados a lo largo de toda la reseña, cabe sintetizar así: el interés por desvelar la verdad, la resistencia sin odio, el rechazo al maniqueísmo, la capacidad de separar delito y delincuente, el perfeccionamiento moral y cómo este se canaliza para alcanzar metas políticas; todas ellas cualidades peculiares que exigen pagar el alto precio de distanciarse de las «vivencias personales, con su carga de resentimientos y afectos» (pág. 210).

Insumisos no es una mera recopilación de biografías, pero tampoco una exposición sistemática y conceptual que busque especificar qué es la insumisión. Quizá esto último fuera más sencillo, pero se perdería la riqueza singular de cada una de las figuras que pueblan las páginas de este ensayo. Al fin y al cabo, aunque podamos percibir rasgos comunes, «sus modos de actuación no convergen hacia una matriz común» (pág. 32) y por ello el título de esta obra

no puede ser más apropiado. Hablemos de insumisos, no de insumisión.

Sara Díaz, Eric Fernández y Elena Yrigoyen
Universidad Autónoma de Madrid

SIETE HISTORIAS LÓGICAS Y UN CUENTO BREVE. EN TORNO A LA OBRA LÓGICA Y EPISTEMOLÓGICA DE MANUEL SACRISTÁN LUZÓN¹

Salvador López Arnal

Edicions Bellaterra Barcelona, 2017

436 páginas

Como bien saben todos los interesados en la obra de Manuel Sacristán, Salvador López Arnal es por dedicación, casi se diría por destino, uno de sus albaceas más sólidos y acreditados. Salvador cuenta en su haber con numerosas ediciones ¿más de una decena? de textos de Sacristán de diverso género (anotaciones manuscritas, apuntes de clase, conferencias, entrevistas, correspondencia, etc.), todas ellas con textos y materiales inéditos. Uno de sus trabajos editoriales puede considerarse precedente de la recopilación presente. Se trata de «Amables cartas lógicas», incluido en Salvador López Arnal y otros (eds.), *Donde no habita el olvido* (Montesinos, Barcelona, 2005, pp. 161-191), un libro concebido en recuerdo y celebración del 40 aniversario de la publicación de la *Introducción a la Lógica y al análisis formal de Sacristán* (1964). «Amables cartas lógicas» reunía la correspondencia mantenida por Sacristán, a propósito de la aparición de su conocido y reconocido manual, con José Ferrater Mora, Miguel Sánchez Mazas y Víctor Sánchez de Zavala. Desde entonces, Salvador ha extendido este género de la interrelación de Sacristán, más allá de sus comienzos epistolares, a perso-

¹ Se reproduce como reseña de este libro el prólogo realizado por Luis Vega Reñón para la edición.